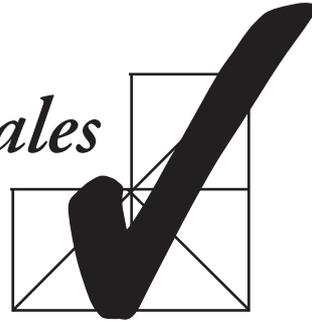


## *Lecturas y señales*



# Stephen King, la vejez y el Alzheimer. El bazar de los malos sueños

Daniel Matusevich

*“Bien sabe Dios que aquí todos tenemos un pie en la tumba y otro en una piel de plátano”.*

Autor: Stephen King  
Plaza Janés (Penguin  
Random House), 2017



Es evidente que a medida que van envejeciendo algunos de los grandes escritores (norte) americanos cada vez se preocupan más por la cuestión del paso del tiempo. Veamos sino el último ciclo de novelas del Philip Roth (84), un compendio acerca de la vejez, el narcisismo, el olvido y la muerte, o el final (¿?) del fabuloso Frank Bascombe en *Francamente Frank* del no menos fabuloso Richard Ford (73); John Irving (75) no es la excepción, pero aquí yo agregaría la salvedad de que sus increíbles sagas familiares (ver la mágica *Gente como uno*) siempre están atravesadas por viejos notables que en ocasiones funcionan como el alter ego del narrador.

Sin embargo, en la reseña de este número de VERTEX nos ocuparemos del prolífico Stephen King (70); a lo largo de los años ha ido compaginando una de las obras más importantes de la narrativa actual, que abarca novelas, novelas cortas, cuentos, autobiografía, manuales de estilo y hasta poemas (tal vez lo más flojo de su pro-

ducción). Discutido y poco valorado hasta hace algún tiempo, hoy se ha ganado el respeto de casi todos, no solo por su obra, sino también por su compromiso con las personas más desfavorecidas por el sistema, así como por su legendaria sencillez y humildad. Al estar alejado de toda pretensión, su estilo es ideal para permitirnos poner en el lugar de los otros.

En el prólogo de *El bazar de los malos sueños* relata que "...escribir me proporciona felicidad, porque lo mío es entretener. No toco muy bien la guitarra, ni bailo claqué, pero esto sí sé hacerlo. Y lo hago". Creo que se queda bastante corto, habría que adicionar que sabe asustarnos, emocionarnos y hacernos pensar casi como nadie desde Dickens, como mínimo. También podemos agregar que es una inspiración permanente para aquellos que tratamos de escribir, una gran compañía desde que escribió el breve manual/autobiografía *Mientras escribo*, postrado en una cama después del accidente que casi le cuesta la vida allá por el año 1999. Sus aportes a lo que llama "el oficio del escritor" son siempre bienvenidos por todos los que creemos que "cuando se trata de escribir narrativa, sea larga o corta, la curva de aprendizaje nunca termina".

No vamos a comentar el libro, aquellos interesados en una mirada profunda del mismo pueden recurrir a Mariana Enriquez (Radar, "Los sueños caídos"), leer el completísimo ensayo que acaba de publicar Elvio Gandolfo (Revista de Libros, "Los cuentos de Stephen King") o festejar con Rodrigo Fresan el año King (El Tiempo, "Stephen King, La pesadilla americana").

En cambio, vamos a enfocarnos en dos cuentos del mismo, que abordan de manera magistral la cuestión del paso del tiempo, del envejecimiento, de los olvidos y de la muerte. Este tema para nada es nuevo en la obra de nuestro autor, lo afrontó de manera impecable en una novela anterior, *Duma Key*, en el año 2008. En esta novela de 727 páginas uno de los personajes centrales es Elizabeth Eastlake, quien sufre una enfermedad de Alzheimer bastante avanzada; vale la pena señalar que quienes la lean no se van a encontrar con una viejita perdida y confusa, sino con un personaje poderoso, que con sus olvidos y visiones va determinando la suerte y el destino del protagonista.

Como podremos comprobar en los relatos que hemos seleccionado, el registro de una vejez empoderada más allá de los olvidos, será una constante en la obra de nuestro autor, dejando de lado cualquier tipo de mirada estigmatizante, tanto sobre la vejez como sobre la enfermedad. Las historias de King se alejan de cualquier estereotipo viejista y se acercan al fenómeno del envejecimiento de una forma sensible, respetando los diferentes modelos y las diferentes formas que dicho proceso adopta. Los cruces de la vejez con las relaciones familiares, la institucionalización, los olvidos, la demencia o el SIDA se producen como en la vida, sin explicaciones innecesarias.

En "Batman y Robin tienen un altercado" asistimos a la relación de Sanderson con su padre, quien es visitado por el hijo dos veces por semana en la residencia geriátrica en la que pasa "...los brumosos años finales de su vida" para llevarlo a comer afuera. La relación

es descrita con gran sensibilidad y detalle, el padre tiene Alzheimer ("Corre un chiste ya antiguo sobre el Alzheimer: lo bueno es que conoces gente nueva todos los días. Sanderson ha descubierto que lo bueno es más bien que el guion rara vez cambia. Lo que significa que casi nunca tiene que improvisar") y el hijo sufre por ser permanentemente confundido con su hermano muerto ("He ahí lo malo del trastorno de su padre: es capaz de una crueldad aleatoria que, pese a no ser intencionada, puede herir en grado sumo"). Un accidente de automóvil, una constante en la obra de King, cambiará la relación para siempre, permitiéndonos entender que la enfermedad no es un obstáculo para el contacto y que los vínculos siguen vivos, mucho más allá de la devastación neurológica. La identidad de la persona está ahí, vigente, pudiendo aparecer cuando más se la necesita.

En "Pimpollo" el escenario también es una institución, en este caso el centro residencial tutelado Lakeview; asistimos a las vidas de Ollie, David y Olga, huéspedes del mismo que se relacionan entre recuerdos, olvidos y una gran naturalidad para aceptar los efectos del envejecimiento en las vidas de las personas ("Cumpliré los noventa en otoño, si llega. Tiene derecho a tener alguna tuerca suelta"). Esta última cuestión nos parece central en el relato, las personas se van adaptando a las trampas de la memoria, viven con ellas, en ningún momento aparece la medicina para alterar los equilibrios que los personajes van construyendo. Sabemos que a veces esto es imposible, marcamos entonces la diferencia entre intervenir tratando de respetar los procesos que van viviendo y medicalizar las vidas desarticulando las existencias y las identidades constituidas.

Estas historias, que cuentan verdades inventadas, son más reales que muchas historias verdaderas; tal vez las narraciones sean la última esperanza que nos queda para poder construir una nueva semiología que dé cuenta de los sufrimientos actuales. Los psiquiatras no han recogido aún el guante, más atentos a idolatrar un pasado que ya no volverá o hipnotizados por el discurso positivista de las neurociencias.

Para King el Alzheimer se configura como un territorio en el que los recuerdos y los olvidos se mezclan sin nostalgia, permitiendo que cada quien vaya significando su mundo como quiera o como pueda. Los personajes de ambos cuentos no ceden su lugar de protagonistas; mas allá de cualquier enfermedad, se niegan a abandonar el mundo sin dejar una marca, una señal de presencia. Pareciera que el autor se empeña en decirnos que hay vida más allá de la enfermedad, y esa es una muy buena noticia.

Aquellos amantes de los cuentos e interesados en los diferentes modos de envejecer, en el paso del tiempo y en la muerte no se van a ver defraudados por estos dos relatos que creemos nosotros aportan luz a una etapa de la vida que muchos prefieren mantener en la oscuridad. Se encontrarán aquí con el rey Chejov más que con el rey Poe, un movimiento de lo más apropiado para aquello que se intenta contar. Por último, esperemos que a Steve no le pase lo mismo que a Georgie, habrá que esperar, quien les dice... ■